

# **LAS TRIBUS DE LA NOCHE**

*Mis amables críticos siempre destacaron mi supuesta maestría para describir «bichos», es decir, animales con «x»: extraños, extravagantes y extraterrestres.*

*Decidí combinar esta supuesta facilidad con otra también supuesta: la de escribir relatos llenos de dinamismo. Todo esto combinado con una vieja historia que residía en los rincones más oscuros de mi mente dio como consecuencia «Las tribus de la noche» y el resultado no pudo ser mejor: el premio literario más gratificante de toda mi carrera de aficionado.*

*El relato «Las tribus de la noche» recibió el primer premio del Certamen Alberto Magno de 2.002.*

«Señoras... señores... ocupen sus asientos. Por favor... por favor... un instante de atención... gracias. ¿Alguien no ha tomado la cápsula antimareo que distribuyó el auxiliar después de la comida?... Tengan en cuenta que durante el descenso estaremos aproximadamente seis minutos sin gravedad... bien... ¿Tienen todos los cinturones abrochados?... De acuerdo... de acuerdo...

«Para hacerles más amena la primera fase del descenso proyectaremos el documental que ha hecho famosa a nuestra compañía. Todos han visto partes de él, y me atrevería a decir que esos fragmentos han sido decisivos, para la mayoría de ustedes, a la hora de elegir a nuestra empresa y a este planeta para pasar sus vacaciones... ¿Es así? Correcto... Bien... antes, permítanme que les explique algunos de los hechos anteriores a los narrados en el documental... serán solo unos minutos...»

«El planeta al que descendemos se llama GA21 y es el cuarto del sistema de Ross.» «Fue descubierto en el siglo V de la G.E. por el explorador del mismo nombre, y forma parte del grupo de 220 enclaves con los que se perdió todo contacto debido la Contracción de Lira, que, como recordarán, fue el primer caso conocido de desaparición súbita de un Agujero».

«La estrella de Ross, el sol que ahora mismo ilumina los portillos del costado derecho, figura en el Viejo Catálogo en el capítulo dedicado a sistemas no habitables pero con interés científico. Es atípica debido a su emisión en el espectro de rayos ultravioleta, que supera en ciento cincuenta veces el valor que cabría esperar en un sol de su magnitud, siendo este un caso único en el espacio conocido».

«Después de estudiar la estrella, Ross exploró el sistema planetario. El cuarto, el que tienen bajo ustedes, es un planeta sólido, terraforme, de 13.600 kilómetros de diámetro y una gravedad equivalente a un 0,9 de la terrestre. La superficie del planeta está cubierta, básicamente, de silicio y otros materiales ligeros».

«A pesar de que la intensidad de la radiación ultravioleta, que en la superficie supera muchas veces el límite considerado como máximo para la existencia de cualquier tipo de vida, las sondas enviadas a la zona nocturna descubrieron una exuberante ecología».

«La vida en GA21 es posible gracias a que el periodo de rotación del planeta es muy lento. La flora se ha adaptado a este ciclo y durante la fase diurna las plantas se entierran y se protegen con unas gruesas placas cristalinas que reflejan la práctica totalidad de los rayos ultravioletas, pero que permiten el paso de las frecuencias adecuadas para la fotosíntesis. Tras el ocaso, las plantas retiran estas placas y florecen, proporcionando alimento a una rica y variada fauna que vive permanentemente en la franja nocturna, desplazándose en sentido contrario al giro del planeta para evitar la mortífera radiación solar que traería consigo el amanecer».

«Tras el regreso de Ross, la Federación concedió el permiso de estudio y explotación de recursos a una compañía estatal, la Exotic S.T., que utilizó como centro logístico la Base Avanzada de Lira y estableció una colonia permanente (aunque móvil) en el planeta, compuesta en su mayor parte por científicos y personal técnico».

«Después de la Contracción, la colonia de GA21 fue uno de los enclaves que se dieron como definitivamente perdidos. Pertenecía al grupo de los que se encontraban demasiado lejos de cualquiera de las bocas de Agujeros conocidos, lo que hacía imposible un rescate a velocidad sublumínica».

«El descubrimiento de la Discontinuidad de Jamaica, hace tan solo unos años, permitió, mediante una conexión triple, el acceso a los restos del Agujero 19.315, que desemboca en las proximidades del sistema de Ross».

«La expedición enviada descubrió que, contra todo pronóstico, los habitantes de la colonia científica no solo habían sobrevivido al abandono, sino habían prosperado y aumentado hasta casi los doce mil, distribuidos en pequeñas comunidades de unas trescientas personas, en constante movimiento a través de la zona nocturna».

«El descubrimiento inició un litigio entre políticos, que pretendían acaparar la publicidad del rescate, y científicos, que querían estudiar sin ingerencias externas el modelo de sociedad que habían creado para adaptarse a aquel entorno tan hostil. El asunto se resolvió de una forma casi satisfactoria para ambas partes: el rescate se retrasaría dos años, tiempo estimado como suficiente para que los sociólogos realizaran sus investigaciones».

«Durante ese periodo, los científicos estudiaron a los habitantes de GA21 mediante sondas y equipos de observación en órbita. Pero, poco antes de acabar el plazo tuvieron que enfrentarse a un problema: nadie quería ofrecerse como voluntario para una interacción directa; es decir: bajar al planeta y mezclarse en secreto con sus habitantes para despejar los últimos interrogantes».

«La ausencia de voluntarios obligó al Instituto a contratar a una empresa externa, especializada en exploraciones en lugares de alto riesgo... Y en ese punto comienza el documental... está compuesto, en su mayor parte, por filmaciones originales. Las escenas complementarias necesarias para cubrir los momentos en los que se interrumpieron las comunicaciones, han sido grabadas utilizando actores, en los lugares en los que sucedieron los hechos».

\*\*\*\*\*

La sombra de Carlos se alargaba hasta diez metros frente a él, proyectándose sobre el sendero.

Por quinta vez en aquella interminable jornada, Carlos se volvió hacia la aurora y calculó el tiempo que faltaba para que el sol apareciese sobre el horizonte.

Cada día se retrasaba más. La última semana el dolor había ido en aumento y los periodos de descanso apenas le bastaban para recuperar fuerzas. El abandono de su pantalla le había proporcionado un alivio momentáneo, facilitándole

el caminar, pero los rodeos que tenía que dar cada vez que se encontraba con un macizo potencialmente peligroso le retrasaba casi tanto como el tiempo ganado al abandonar el instrumento.

Las señales indicaban que aún tendría que caminar tres kilómetros para llegar a la hondonada en la que la tribu se detendría, por lo que, si no se apresuraba, no llegaría a tiempo de alcanzarlos antes de que partiesen y se quedaría sin comer.

Hacia el suroeste, un brillo llamó su atención. Había visto algo así como una estela luminosa que pronto desapareció. Comenzó a pensar que la fatiga y el dolor le causaban alucinaciones, pero un sonido, como el retumbar de un trueno lejano, le confirmó que algo extraño había sucedido.

«No tienes tiempo para enigmas» —se dijo a sí mismo—. «Si no alcanzas a la tribu, el amanecer te alcanzará a ti».

Redobló sus esfuerzos y aceleró el paso a pesar de que casi tenía que arrastrar su pierna tullida. Un melocotonero, que milagrosamente aún no había cerrado todos sus capullos, le permitió saciar su sed con un fruto. Las huellas indicaban que la tribu había pasado por allí hacía apenas una hora, por lo que Carlos tuvo la certeza de que habían dejado el melocotón en la planta pensando en él, contraviniendo una ley fundamental.

La energía del alimento y el apoyo moral que significaba aquel acto le proporcionaron las fuerzas necesarias para mantener la marcha y pronto divisó la colina tras la cual la tribu estaría descansando. Su encuentro con el sol se retrasaría, al menos, una jornada más.

La naveta se posó suavemente en la arena. La intensa aurora proyectó sombras ondulantes sobre una raquílica planta de sal, que recogió sus capullos en respuesta al movimiento detectado por las sensibles fibras que colgaban del extremo de sus pétalos.

Un hombre descendió del vehículo y corrió a ocultarse tras los bordes de un afloramiento cristalino. La naveta aceleró sus impulsores y ascendió en vertical, levantando una nube de polvo que derivó hacia el este, impulsada por la suave brisa.

—(Rashid) Es mejor que te alejes, Julián. Puede aparecer algún depredador atraído por el ruido.

—(Julián) ¿No me habías dicho que en esta zona no había animales peligrosos?

—(Rashid) Sí, eso es lo que dicen los científicos, pero muévete por sí acaso.

La tribu está a unos tres kilómetros, hacia el norte.

—(Julián) Voy hacia allá... Te juro que esta es la última, Rashid, créeme.

—(Rashid) Sí, sí... te creo... no vayas directamente hacia el norte, Julián, ten en cuenta que están en movimiento... Tienes que caminar hacia el noroeste...

—(Julián) ¡Y cómo coño encuentro el noroeste! ¡No me has dado ni un maldito compás!

—(Rashid) Deja de quejarte, Julián... un poco más a tu izquierda... así... en línea recta, ahora...

Los bancos de blanquísimas arenas se alternaban con afloramientos cristalinos que interrumpían la llanura elevándose a alturas nunca superiores a cin-

cuenta metros. La arena era gruesa y producía un sonido parecido al rumor de las olas cuando Julián la pisaba con las toscas botas. Estas formaban parte del equipo suministrado por los científicos y eran, en teoría, una copia exacta de las que usaban la práctica totalidad de los habitantes del planeta.

Uno de los componentes del equipo, una fina piel de color plateado tensada sobre un armazón de elásticos y largos huesos a modo de pantalla, tenía intrigado a los científicos, que especulaban sobre su utilidad. El instrumento era particularmente incómodo de transportar y Julián era frecuentemente zarandeado al ser agitado por la brisa, pero el hecho de que todos los habitantes del planeta, excepto los niños pequeños, portaran uno similar, hacían imprescindible su inclusión en el equipo, aunque solo fuera a efectos de pasar desapercibido.

Una pesada azagaya armada con una punta cristalina y un morral que contenía alimentos de aspecto y olor desconocido para Julián, completaban el conjunto de utensilios. Como era habitual en este tipo de misiones, la prioridad absoluta era la discreción, por lo que el único instrumento de tecnología no local que se le permitía llevar consigo era un diminuto comunicador, insertado en su oído derecho.

—(Rashid) Estás muy cerca, la tribu se ha parado en una depresión situada a unos quinientos metros de tu posición, hacia el norte. Acércate con cuidado.

—(Julián) ¿Qué hacen?

—(Rashid) La mayoría están descansando, tumbados en el suelo. Voy a interrumpir la comunicación mientras atraco el bote. Cuando llegue al puente te llamo de nuevo.

—(Julián) Bien, voy a aproximarme.

—(Rashid) Ten cuidado... Nadie está seguro de cómo reaccionarán cuando te vean.

—(Julián) Vale, pesado...

Julián recorrió los últimos metros hasta el borde de la depresión arrastrándose sobre la arena y miró hacia abajo, oculto tras una planta de aspecto plumoso que no pareció reaccionar a su presencia. La luz de la aurora le permitió ver, sorprendentemente cerca, a un grupo de unas cincuenta personas, la mayoría tendidos sobre la arena. Otras diez formaban un corro alrededor de una mujer que hablaba y gesticulaba de forma expresiva.

Al cabo de unos segundos la mujer señaló en su dirección y todo el grupo se giró hacia él. Varias de las personas que estaban acostadas se incorporaron a medias, mirando hacia el lugar en el que se encontraba.

—(Rashid) Ya estoy aquí... ¿cómo te va?

—(Julián) Mierda, Rashid, están apuntando en mi dirección... no sé cómo me han descubierto...

—(Rashid) Ya veo... Mira sobre ti.

Julián miró hacia arriba y contempló atónito como una nube de un espeso gas azulado salía del extremo superior de la planta tras la que se escondía, descendiendo rápidamente hacia el suelo a través de las ramas.

Julián corrió hasta el afloramiento más cercano y se ocultó tras él.

—(Julián) ¡Qué coño era eso!

—(Rashid) Tranquilízate, hombre... espera, que lo miro..., sí... es un plumero, una planta se defiende expulsando gas... es inofensiva...

—(Julián) ¡Un carajo inofensiva! ¡Casi respiro ese gas!

—(Rashid) Espera... es inofensiva para los humanos... al parecer, el gas solo es tóxico para unas aves que no viven en esa franja. Créeme, prácticamente no hay plantas peligrosas a tu alrededor. Los informes son muy detallados.

—(Julián) Los informes tienen quinientos años, pueden haber cambiado muchas cosas.

—(Rashid) Han sido contrastados con observaciones recientes.

—(Julián) Sí, desde el espacio... ya querría ver yo aquí a uno de esos... oigo voces...

—(Rashid) Han encontrado tus huellas y van hacia ti. Es mejor que salgas.

Julián abandonó su refugio y caminó hacia el grupo que se aproximaba. Al verle, los hombres se detuvieron, apoyados en sus azagayas. Su actitud no parecía amenazante.

—Salud, errante... ¿de qué tribu eres? —el hombre que habló era un anciano de larga barba que se situó al frente del grupo. Ahora, al verlos más de cerca, Julián pudo comprobar que todos los componentes del grupo eran ancianos, algunos de ellos de una edad tan avanzada que parecía inverosímil que formaran parte de una partida que salía a hacer frente a una posible amenaza.

—(Rashid) De la tribu de Hess, al sur..

—(Julián) Soy de la tribu de Hess.

—Nosotros somos Los Últimos de Díaz. Nunca he oído nombrar a la tribu de Hess... ¿es nueva?

—(Rashid) Sí.

—(Julián) Sí, se formó hace apenas diez años.

—(Rashid) No improvises.

—Poco tiempo... por eso no la conozco... puedes caminar con nosotros, si quieres... Unas manos jóvenes siempre son bien recibidas.

—(Julián) Gracias, por tu oferta.

—Descansaremos aún media hora más. Si decides venir y ya hemos partido, puedes seguirnos. Nuestra marca es tres líneas cruzadas.

—(Julián) Así lo haré, gracias de nuevo.

El anciano hizo un gesto con una mano y todo el grupo caminó de vuelta hacia a la depresión, conversando entre sí.

—(Julián) Explícame eso de «Los Últimos».

—(Rashid) Las tribus se mueven continuamente hacia el oeste para permanecer en la zona nocturna, caminando entre veinte y treinta kilómetros diarios por unas sendas que marcan con señales territoriales. Cada tribu se divide en tres grupos: Los Avanzados, que caminan en la franja situada más al oeste, Los Representantes, que ocupan una zona intermedia, y Los Últimos, compuestos generalmente por ancianos en las últimas etapas de la vida y por enfermos a los que cuesta caminar la distancia mínima diaria para que no les alcance el sol.

—(Julián) ¿Abandonan a sus ancianos?

—(Rashid) Yo no lo diría así. Tienes que tener en cuenta que han sobrevivido durante muchas generaciones en un mundo terriblemente hostil, sin ninguna ayuda exterior. Las tribus se rigen por unas reglas que obligan a abandonar a todo el que no pueda hacer la cuota diaria de kilómetros hacia el oeste por sus propios medios. De todas formas, piensa que la zona en la que te encuentras es un lugar de vacaciones comparada con las franjas donde viven los grupos que van por delante en el camino. Tan cerca de la línea diurna apenas hay depredadores y las plantas más peligrosas ya se han enquistado. La contrapartida es que en ella no abundan los alimentos, por lo que dependen de las provisiones que les dejan los grupos que les preceden.

—(Julián) ¿Y Los Avanzados?

—(Rashid) Los Avanzados viven en la zona más peligrosa, en la penumbra. En esa franja las plantas aún no se han enterrado y la fauna es muy peligrosa. También es la zona de más abundancia, el alimento está al alcance de la mano y hay mucha agua. Los componentes de esos grupos son generalmente jóvenes que buscan aumentar su posición social en la tribu y exiliados de la zona central que son condenados a pasar un tiempo con Los Avanzados. Su principal obligación consiste en cazar y dejar tras de sí la máxima cantidad posible de alimentos para los otros grupos de la tribu.

—(Julián) Espero que no te hayas comprometido...

—(Rashid) El contrato estipula que tienes que permanecer como mínimo un día con cada grupo.

—(Julián) ¡Entonces deberías haberme dejado traer más equipo!

—(Rashid) Llevas el indicado en el contrato... te voy a dejar durante diez minutos, no te metas en líos.

—(Julián) ¿Ya te vas a hacer reverencias?

—(Rashid) Oye... Yo no me meto con tus vicios, así que deja mi religión en paz.

—(Julián) Vale, vale, no te enfades...

Julián aprovechó los diez minutos para acercarse de nuevo al borde de la depresión y observar al grupo que descansaba. Excepto uno de los hombres, que parecía montar guardia sentado en la cima de un pequeño afloramiento rocoso, todos los demás se habían acostado sobre la arena.

El guardia le hizo un gesto ambiguo levantando un brazo que tanto podía ser un saludo como una señal para que se acercase. Julián le devolvió el gesto pero no se movió del sitio. No era prudente aproximarse sin la cobertura que le proporcionaba Rashid.

—(Rashid) Ya estoy aquí... veo a un hombre que se acerca al grupo desde el este... parece que tiene dificultades para caminar.

—(Julián) ¿A qué distancia?

—(Rashid) Muy cerca, pronto aparecerá por tu derecha. Creo que es mejor que bajes y se lo digas al centinela.

—(Julián) Ya lo veo... voy.

Julián descendió resbalando por un canal de pedriza. Antes de que tuviera tiempo a llegar hasta el lugar donde descansaba el grupo, el hombre que se aproximaba apareció sobre el borde este de la depresión. Julián lo señaló con un



dedo al centinela, que no podía verlo debido a que estaba situado a su espalda. Este se volvió y saludó al recién llegado agitando una mano.

El hombre, cojeando visiblemente, descendió y se acercó a ellos. Tenía unos treinta años y su pierna derecha se torcía en un ángulo anormal a partir de la rodilla.

—Hola, Iván — saludó el recién llegado tras dejarse caer pesadamente sobre la arena. Miró inquisitivamente a Julián durante unos instantes y luego se tendió sobre su espalda.

—Te estás retrasando mucho, Carlos. Salimos dentro de unos minutos.

—Lo sé, Iván, pero no puedo evitarlo. Recuperaré tiempo en la Cuarta. ¿Quién es nuestro nuevo amigo?

—(Rashid) La Cuarta... así llaman al periodo de sueño...

—(Julián) Soy Julián, de la tribu de Hess, al sur.

—(Rashid) Su jornada, de veintiocho horas, tiene cuatro descansos, los dos primeros de tres horas, el tercero de una, que supongo es el que hacen ahora. El cuarto es variable, dependiendo cuanto tarden en hacer su cuota diaria de kilómetros.

—¿Y qué haces aquí, con Los Despojos de Díaz?

—(Rashid) Un ataque de un animal te ha retrasado.

—(Julián) Un animal me atacó, y me he retrasado un poco...

—¿Estás herido? —el lisiado se incorporó sobre un codo mientras hacía la pregunta.

—(Rashid) Ya te has repuesto... te golpeó un lanzador en la cabeza.

—(Julián) Un lanzador me hizo un buen chichón.

—Un lanzador... un mal bicho. Por suerte hace años que no se ve ninguno en la Senda de Díaz. ¿Ahora estás bien?

—(Julián) Sí.

—Me alegro por ti

—(Julián) Gracias... ¿y a ti, qué te ocurrió?

—Algo muy tonto. Aguanté durante tres periodos en los Avanzados, cumpliendo mi cuota de caza y... ¿qué crees que me tumbó? No fue un mordedor, ni un ciempiés, a pesar de que tuve que enfrentarme varias veces a ellos a mano desnuda... lo que acabó conmigo fue un simple resbalón cuando cogía fruta en una morera, el hueso se rompió y no curó bien. El médico me lo volvió a romper para ver si soldaba en buena posición, pero no lo hizo a tiempo.

—(Julián) ¿No lo hizo a tiempo?

—Gasté veinte días en el primer intento de curación, y los diez que me quedaban no fueron suficientes para que el hueso soldase. Intenté caminar apoyándome en el bastón, pero no funcionó, perdía mucho tiempo y al final tuve que apoyar la pierna.

—(Rashid) Julián, no preguntes más, ya te lo explicaré después...

El centinela dio unas sonoras palmadas para llamar la atención del grupo. Las personas tumbadas sobre la arena se incorporaron lentamente, murmurando mientras recogían sus cosas y ataban las pantallas a sus cinturas, ajustándolas en la espalda.

Ahora, tras levantarse, Julián pudo apreciar que la mayor parte eran personas de avanzada edad. Había algunos jóvenes, aunque ninguno parecía tener menos de treinta años, y una niña de unos diez que no se separaba de una mujer de mediana edad que tenía una fea cicatriz en una de sus mejillas.

El anciano que se había dirigido a Julián en el primer encuentro se acercó a ellos y entregó un par de frutos ovoides a Carlos. El lisiado se incorporó a medias y los comió con avidez.

—¿Caminarás con nosotros? —preguntó a Julián.

—(Julián) Sí, caminaré con vosotros.

—Bien... Me llamo Das y soy el Enlace —el anciano le tendió una bota que contenía unos cuatro litros de líquido—. Esta será tu carga.

—(Julián) Mi nombre es Julián, y estoy encantado de conoceros.

—Hablas de una forma muy poco habitual, Julián. ¿A cuántos senderos se encuentra tu tribu?... pero... dejemos las preguntas para más tarde, es hora de caminar.

El anciano subió trabajosamente por el borde oeste de la depresión. Una vez arriba, Das se volvió y observó durante unos instantes la aurora, entornando los ojos, como calibrando su brillo. Después, giró de nuevo hacia el oeste y desapareció de la vista de Julián, seguido por el resto del grupo.

Julián se volvió hacia Carlos, que seguía tumbado en la arena.

—(Julián) ¿Te ayudo a levantarte?

—No, gracias —respondió el tullido—, os alcanzaré en la Cuarta. Prefiero descansar un poco.

—(Rashid) Sigue al grupo, Julián.

—(Julián) ¿Estarás bien?

—(Rashid) ¡Julián!

Carlos levantó la cabeza y miró a Julián

—Sí, gracias por tu interés. Os seguiré dentro de unos minutos.

Renuente, Julián siguió al grupo, que avanzaba a una velocidad sorprendente. Visto desde atrás, el brillo de las pantallas que llevaban a la espalda ofrecía todo un espectáculo. Los movimientos propios del caminar arrancaban destellos de las pieles plateadas, reflejando la aurora.

—(Julián) Las pantallas quizá sirvan para indicar la posición del grupo a los rezagados.

—(Rashid) No lo creo. Los caminos están marcados y me parece muy difícil que se molesten en llevar ese incordio solo para eso. Por cierto, te voy a perder de vista durante unos minutos. Uno de los satélites está fuera de servicio y hay un periodo en el que el resto está muy alejado de tu posición.

—(Julián) Pues que gracia.

—(Rashid) Los científicos me han dicho que lo arreglarán pronto, pero no te preocupes, el contacto por radio no se interrumpirá...

—(Julián) Vale, voy a correr un poco para alcanzarlos. ¡Qué velocidad llevan!

—(Rashid) No dejan de caminar ni un solo día desde que dan los primeros pasos. Por lo visto, cuando el terreno es llano, como ahí, aprovechan para hacer más kilómetros.

—(Julián) ¿Cuántos suelen hacer?

—(Rashid) Varía según las dificultades del terreno. En llano, como hoy, hacen unos cincuenta. Cuando la superficie es escabrosa, de cinco a diez. A esa latitud la media es de veintiocho diarios. Ya no te veo... ten cuidado.

—(Julián) Estoy llegando junto a ellos... voy a dejar de hablar para que no me tomen por un loco... un momento... se han detenido... están desatando sus pantallas.

—(Rashid) Párate... espera que recobre la imagen.

—(Julián) Están colocando sus pantallas en el costado izquierdo, como un escudo... siguen andando...

—(Rashid) Te estoy viendo con mucho escorzo. ¿No hay algo al sur del grupo?

—(Julián) Sí, parece un bosquecillo de plantas rojizas. Voy a imitarles con lo de la pantalla.

—(Rashid) Hazlo... Voy a ver si encuentro algo en los informes.

Julián siguió al grupo intentando imitar sus movimientos. Caminaban agachados, como si quisieran hacerse invisibles tras las pantallas. La niña se ocultaba tras su madre, muy pegada al cuerpo de esta.

Pronto dejaron atrás el bosquecillo y, a una señal de Das, todos volvieron a fijar sus pantallas a la espalda. Al poco estaban de nuevo trotando.

—(Julián) Está claro que las utilizan para pasar desapercibidos ante algún peligro.

—(Rashid) Sí, esa es una de las teorías más plausibles, sin embargo, los informes indican que las plantas que formaban el bosquecillo son absolutamente inofensivas, y no he visto a ningún animal oculto en él.

El grupo mantuvo el ritmo de avance durante más de una hora. A Julián se le hacía más difícil a cada paso mantener la velocidad y comenzó a quedarse descolgado. El grupo fue poco a poco estirándose hasta que se fragmentó y fueron formándose pequeños racimos, distanciándose irregularmente del grupo principal. Julián tuvo que sentarse el suelo para recuperar el aliento.

—(Rashid) Procura no alejarte tanto, hombre...

—(Julián) ¡...!

—(Rashid) No blasfemes, hombre...

—(Julián) ¡Cómo vuelvas a llamarme «hombre» ... te... te... !

—(Rashid) No te enfades, ho... Julián, eso no es un insulto, creo...

—(Julián) ...

—(Rashid) Ya han parado.

—(Julián) ¿Ves a Carlos?

—(Rashid) Sí, os habéis distanciados mucho. Ha dado un rodeo enorme para evitar el bosquecillo. He mirado con atención el camino que seguisteis y había una marca en el suelo, justo en el lugar en el que Carlos se salió del sendero.

—(Julián) Pues hay algún peligro allí, aunque tú no lo veas.

—(Rashid) Puede ser... Hay dos hombres muy cerca, delante de vosotros. Van hacia donde se ha parado el grupo. Parece que han estado esperando a que llegárais.

—(Julián) ¿A qué distancia?

—(Rashid) A menos de un kilómetro.

El lugar elegido para la acampada estaba situado cerca de un río seco. La mayoría de los componentes del grupo se habían tumbado en el suelo en la orilla derecha, en una pendiente arenosa que descendía hacia el cauce. Cuando Julián llegó a su lado, Das estaba distribuyendo tareas entre los pocos que continuaban de pie.

—Julián —le llamó cuando hubo despachado a los demás—. ¿Tienes dificultades para caminar?

—(Julián) Aún estoy convaleciente, camino bien pero me fatigo con facilidad.

—¿Puedes trabajar?

—(Julián) Sí, dime lo que tengo que hacer.

—Busca raíces para el fuego. ¿Has bebido agua de la bota?

—(Julián) No, aún tengo un poco de la que traía.

—Mejor, andamos algo escasos. No creí que encontraríamos el río tan seco.

—(Rashid) Los que se aproximan están a punto de llegar..

Julián buscó raíces removiendo la arena con el mango de su azagaya sin perder de vista el promontorio por el que aparecerían los hombres que se aproximaban. Pronto llegaron, saludando con los brazos en alto y emitiendo silbidos. Eran jóvenes y vigorosos. Bajo sus túnicas se adivinaba una potente musculatura y las piernas que asomaban bajo ella parecían desproporcionadamente anchas para su estatura. Su equipamiento era el mismo que habían proporcionado a Julián, idéntico al que llevaban todos los integrantes del grupo: una túnica de color amarronado, confeccionada con una piel elástica, muy fina y resistente, botas altas de gruesa suela para evitar los cortes con los omnipresentes cristales, una azagaya, un macuto, una tosca capa de fibra vegetal trenzada y la misteriosa pantalla.

Los que estaban trabajando abandonaron sus tareas y los que estaban recostados en el bancal se levantaron para recibir a los recién llegados. Los rodearon y abrazaron por turnos, palmeando sus espaldas efusivamente.

Cuando terminaron los saludos, los hombres y las mujeres del grupo se sentaron formando un círculo alrededor de los recién llegados. Julián permaneció de pie, sin saber qué hacer, en el exterior.

Los hombres fueron abrumados con preguntas que les llovían desde todas las direcciones. Das se levantó e hizo callar a los congregados.

—Silencio, silencio, por favor... recordad que el asunto que trae a Rama y Claudel hasta nosotros es de extrema gravedad... dejad que primero nos cuenten las últimas noticias, después ya tenderemos tiempo para preguntarles por nuestras familias.

—La guerra con Rod es un hecho —dijo uno de los recién llegados—. Hace dos semanas, Berto capturó una partida que forrajeaba en el borde norte, en nuestros límites. Les quitó lo que llevaban y los dejó marchar.

Un murmullo se extendió entre los congregados. Cuando se produjo de nuevo el silencio, el hombre continuó hablando:

—En lugar de disculparse, Rod envió una nueva partida para desvalijar un depósito, y dejó un mensaje diciendo que solo se llevaban lo que les habíamos robado.

De nuevo se extendieron los murmullos salpicados con algún comentario en voz alta y algún grito aislado. Das volvió a levantarse para solicitar silencio.

Julián se separó del grupo unos metros y se situó de espaldas a él.

—(Julián) ¡Me has enviado a una zona de guerra! ¡Me has engañado de nuevo!

—(Rashid) Cálmate, Julián... nadie sabía lo de la guerra. Según los científicos, esa zona era la más segura para la misión.

—(Julián) ¡Pues ahora no lo es! ¡Quiero que me saques de aquí!

—(Rashid) No nos precipitemos... por ahora estás seguro, puedo ver a todo el que se aproxime a vuestra posición. Consultaré con los científicos, y tranquilízate, si es necesario, te recogeré... mira a tu espalda.

Das estaba saliendo del círculo en dirección a Julián. Al ver que este se volvía le hizo una seña, indicándole que se aproximase.

El círculo de personas se abrió para permitir a ambos hombres pasar al interior. Rama y Claudel se habían levantado y miraron a Julián inquisitivamente.

—Me llamo Claudel —dijo uno de los hombres—. Soy guardia tercero en Los Representantes de Díaz.

—(Julián) Mi nombre es Julián, y soy de la tribu de Hess, al sur.

—¿Qué cargo ocupabas antes de ser errante?

—(Rashid) Acarreador.

—(Julián) Era acarreador.

—¿Has estado al norte de nuestra senda?

—(Rashid) No...

—(Julián) No, nunca he estado tan al norte como ahora.

—¿Cuántas sendas has cruzado?

—(Rashid)...espera...

—(Julián) He perdido la cuenta.

—¿Tantas has cruzado?

—(Rashid) Veinte...

—(Julián) Veinte, o más.

Los hombres se miraron durante unos instantes. Parecían dudar de Julián.

—Muéstranos tu marca —dijo Rama.

—(Rashid) Tenemos problemas... improvisa...

—(Julián) ¿Qué marca?

Rama y Claudel se volvieron hacia Das.

—¿No has mirado su marca? —dijo Claudel al anciano.

—No, Claudel, ten en cuenta que no sabía que la guerra había comenzado —se disculpó Das.

—(Rashid) Al parecer, tatúan en el hombro derecho de sus niños la marca de la tribu, la que dejan en los caminos. Según dicen los científicos, no está probado que todas las tribus hagan lo mismo, por lo que decidieron que no llevases marca para evitar problemas por posibles rivalidades.

—(Julián) En mi tribu no nos hacemos marcas —Julián enseñó sus hombros a través del amplio cuello de la túnica.

—Lo que dices es muy extraño, Julián —dijo Das—. Conocí a Jack, que erró cien sendas hacia el sur y otras tantas hacia el norte, y nunca habló de una tribu que no marcara a sus niños.

—(Rashid) Improvisa...

—(Julián) Es una nueva costumbre.

—Una costumbre muy extraña —dijo Claudel—. Entrega tu azagaya a Das y quítate la túnica.

Julián obedeció y se quedó desnudo en el centro del círculo. Rama y Claudel revisaron sus ropas y su macuto minuciosamente. Cuando hubieron acabado, Claudel dio una vuelta alrededor de Julián observando su piel.

—Tienes la piel oscura, como si hubieses pasado mucho tiempo con Los Últimos. Tus piernas son muy débiles y no tienes cicatrices. ¿No habías estado herido?

—(Julián) Sí, un lanzador me golpeó en la cabeza, estuve mucho tiempo sin sentido.

—¿Cuánto tiempo?

—(Julián) No lo sé.

—¿Quién te ayudó?

—(Rashid) Un lanzador te hubiese comido si te hubiese dejado sin sentido, así que alguien tuvo que ayudarte...

—(Julián) No me acuerdo de los detalles, mi memoria tiene lagunas a consecuencia del golpe.

—(Rashid) Esto es un desastre. No volveré a aceptar ninguna misión como esta... sin tiempo para una buena preparación.

—(Julián) Es un consuelo, ahora sácame de aquí.

—¿Qué dices? —preguntó Claudel.

—(Julián) Perdona... ya te dije que mi cabeza quedó afectada, a veces hablo solo.

—Actúas de forma extraña... siéntate, hemos de decidir qué haremos contigo.

Rama y Claudel se retiraron a deliberar con Das, alejándose del grupo. Julián se vistió y se sentó en la arena.

—(Rashid) Te sacaré si no hay otro remedio, pero no parecen agresivos, solo están desconcertados...

—(Julián) Sácame cuanto antes —Julián habló entre dientes.

—(Rashid) No es tan fácil, Julián. El contrato especifica claramente que si abortamos la misión sin una causa justificada, no cobraremos ni un céntimo.

—(Julián) Te odio, y tú lo sabes...

—(Rashid) Solo lo supongo... parece que ya han tomado una decisión...

Julián se levantó y esperó a que los tres hombres llegaran hasta él.

—Vendrás con nosotros a Los Representantes —dijo Claudel—. El Principal decidirá qué hacer contigo.

—(Rashid) En teoría los errantes no tienen que dar cuentas a nadie ni someterse a las autoridades de las Sendas, protesta...

—(Julián) No tenéis derecho a obligarme a acompañaros.

—Estamos en guerra, errante, no podemos fiarnos de nadie, y menos de un hombre sin marcas.

—(Julián) ¿Qué daño puedo hacerlos? Casi no puedo seguir el paso de Los Últimos.

—Tiene razón —intervino Das—, se retrasó incluso en terreno llano.

—Podrías espiar para Rod, los desvalijadores de depósitos. A ellos les interesaría mucho conocer sus posiciones.

—(Rashid) No podrás seguir su paso... tienen que ir aún más rápido que Los Últimos para alcanzar a Los Representantes. Van unos cincuenta kilómetros por delante.

—(Julián) No podré seguir vuestro paso...

—Podrás... tenemos diez dosis de avellano.

—(Rashid) Lo miro...

—Descansa, Julián, os iréis dentro de tres horas. ¿Necesitas comida? —le ofreció Das.

—(Julián) No, gracias. Tengo suficiente.

—(Rashid) Hay una planta llamada avellano. Los antiguos colonos la llamaron así porque sus frutos se parecen a las avellanas. No hay nada sobre «dosis de avellano».

Julián buscó una zona libre en el bancal y se tumbó en la arena. Estaba tan fatigado que se durmió de forma casi instantánea. Al cabo de lo que le parecieron unos segundos, Claudel le despertó zarandeándolo sin mucha violencia.

—Errante, es la hora...

Julián se levantó, estiró su espalda dolorida y se dio cuenta de que tenía un hambre atroz. No había comido nada en las últimas doce horas.

Rebuscó en su macuto y eligió el bloque de comida que le pareció menos repugnante. A pesar de su aspecto, el alimento era sabroso.

Consumió casi la mitad de sus reservas antes de darse por satisfecho. Agotó completamente el agua y pidió más. Das rellenó su bota en unas tres cuartas partes.

—Pronto encontrareis agua abundante. Tendrás que arreglarte hasta entonces.

Julián se percató de que Rashid aún no había hablado con él. Era extraño. Aunque hubiera aprovechado para echarse una cabezada, el sistema automático debería haberle despertado al comprobar que Julián se estaba moviendo.

—(Julián) Rashid, miserable usurero... —Julián habló en voz baja, no obteniendo ninguna respuesta. Cuando iba a intentarlo de nuevo, Claudel se aproximó a él.

—Toma una dosis ahora, saldremos de inmediato —dijo, alargándole una cápsula cristalina de color verde, del tamaño de un dedo.

—(Julián) ¿Qué es?

—Ya te dije que te daríamos avellano... bébelo.

—(Julián) No lo necesito.

—Oh, sí lo necesitarás... Hemos de alcanzar a Los Representantes antes de tres jornadas. Tenemos por delante una dura galopada... Bébelo...

Julián trotó tras Rama y Claudel durante dos horas sin ninguna dificultad. Incluso se permitió adelantarles en alguna cuesta.

—Tranquilízate, errante —le dijo Rama, al llegar junto a él, jadeando—. Solo nos quedan nueve dosis y necesitaremos alguna para nosotros antes de alcanzar al grupo.

Julián aflojó el paso. La droga le evitaba el cansancio pero no embotaba su cerebro. Sabía que pagaría el esfuerzo cuando desapareciesen sus efectos.

En realidad, se había adelantado para que sus acompañantes no le oyesen en sus intentos de comunicación con Rashid. La falta de conexión comenzaba a ser preocupante. Nunca antes, en ninguna misión, había perdido el contacto durante tanto tiempo. Confiaba en que, a pesar de que la comunicación de radio estaba interrumpida, Rashid continuase observándolo, para intervenir en caso de peligro.

Aprovechando un breve descanso, Julián dibujó con el pie un signo de interrogación en la arena. Rama lo vio y le preguntó por su significado.

—(Julián) Es un símbolo de buena suerte que empleamos en mi tribu.

—También podría ser una señal para Rod —le dijo Rama—, bórralo.

Julián obedeció y borró el signo. Al cabo de unos minutos estaban trotando de nuevo.

Avanzaron rápidamente durante una hora más por un terreno que alternaba pequeñas dunas de arena con extensas zonas de grava cristalina. En una ocasión, Claudel, que iba adelantado, utilizó su pantalla para aproximarse a un bosquecillo de arbustos verdosos, miró en su interior asomándose con precaución por un borde, y apartó su pantalla cuando, aparentemente, comprobó que no había ningún peligro.

Sin siquiera volverse hacia Julián y Rama, que se habían parado a una distancia prudencial, continuó trotando hacia el oeste mientras fijaba hábilmente la pantalla a su espalda en plena carrera.

Julián comenzaba ya a sentir ligeras puntadas de dolor en los músculos de sus piernas y su preocupación por la falta de conexión iba en aumento. Rama advirtió su estado y le proporcionó una segunda dosis de avellano.

De improviso, Claudel apareció sobre la cima de una duna corriendo a toda velocidad hacia ellos. Rama lo vio y, sin decir ni una sola palabra, dio media vuelta y comenzó también a correr a tal velocidad que Julián, a pesar del pánico que le provocó la reacción de sus acompañantes, no pudo seguir su ritmo ni siquiera durante unos instantes.

Mientras corría tras Rama, Julián vio como este tomaba una dosis de avellano sin siquiera aflojar el paso. Claudel pronto le alcanzó y en plena carrera habló a Julián:

—Hombres de Rod, errante, ahora comprobaremos si eres un espía o no.

Julián continuó corriendo tras ellos a pesar de que aumentaban su distancia a cada paso. Claudel alcanzó a Rama y comenzaron a desviarse hacia el sur, alejándose de la senda.

—(Julián) ¡Rashid! ¡Maldito explotador! ¡Rescátame ahora mismo!

Julián se volvió sin dejar de correr y vio como un grupo de cuatro hombres le daba caza. No portaban pantallas y llevaban la cabeza protegida con unos cascos que relucían reflejando la luz de la aurora.

Julián continuó corriendo tras Rama y Claudel, a pesar de que estos le sacaban ya una ventaja de más de doscientos metros. En la cima de una duna encontró su azagaya, de la que Rama se había hecho cargo, clavada en la arena.



Quizá la habían dejado allí para permitirle defenderse, o quizá Rama se había desecho de un peso extra.

Julián dudó entre cogerla o no. Al final la dejó allí. No aumentaría sus oportunidades ante cuatro hombres y significaría un peso extra para sus ya debilitadas piernas.

El terreno por el que corrían ahora era básicamente arenoso, sin afloraciones rocosas. Las dunas eran cada vez más altas y subir por sus pendientes era cada vez más penoso.

Desde la cima de una de ellas observó que sus perseguidores, a pesar de su mayor velocidad, reducían la distancia que los separaba con más lentitud que al principio. Pronto pudo comprobar el motivo: cada vez que Julián cruzaba una duna, ellos no lo hacían por el mismo camino, si no que la rodeaban separándose en dos parejas, una por cada lado, como si temiesen una emboscada en la cresta.

Julián comprendió el motivo por el que Rama y Claudel habían girado hacia el sur. A pesar de la ventaja que suponía el que sus perseguidores no portasen pantallas, el miedo a las emboscadas en aquel terreno les retrasaría lo suficiente como para evitar su captura. De hecho, estaba seguro de que los hombres de Rod habrían abandonado ya la persecución si no hubiesen advertido su debilidad.

A pesar de la droga, las piernas de Julián comenzaron a fallar. Primero fue un calambre en su muslo derecho y después otro en el gemelo de la misma pierna. Julián tuvo que sentarse en la cima de una duna a esperar a sus perseguidores.

Estos llegaron y rodearon la duna con muchas precauciones. Tras comprobar que Rama y Claudel no se hallaban cerca, hicieron una señal a Julián para que bajase hasta donde se encontraban.

Sus captores eran hombres altos, de aspecto feroz. Su vestimenta era idéntica a la de los demás habitantes de aquel mundo, al menos a la de los que Julián había visto hasta aquel momento, con la excepción de unos cascos de cuero con escamas cristalinas cosidas a modo de tejas, con los que protegían sus cabezas.

Julián bajó separando los brazos del cuerpo, para que comprobasen que estaba desarmado.

—(Julián) Soy un errante. Esos hombres me llevaban cautivo.

—¿Entonces, por qué huías? —preguntó uno de los hombres.

—(Julián) No sabía a qué me enfrentaba, huía porque lo hacían ellos.

—No te creo —dijo el mismo hombre—, enséñame tu marca.

Julián mostró sus hombros.

—(Julián) No tengo marca, soy de la tribu de Hess y allí no nos hacemos marcas. Eso nos diferencia.

Los hombres se separaron de Julián y conversaron durante unos segundos. Parecieron llegar a un acuerdo y el hombre que le había hablado hizo una señal a Julián para que le entregase el zurrón, que inspeccionaron minuciosamente, repartiéndose los alimentos que contenía.

Le entregaron una parte equitativa y Julián comió su magra ración sin ganas, totalmente abatido.

Tres hombres más aparecieron siguiendo las huellas que habían dejado. Llevaban sus pantallas y las cuatro de sus captores que, sin duda, habían confiado a estos al comenzar la caza para poder correr más rápido.

Uno de los recién llegados portaba un banderín de color azul en el extremo de su azagaya. El arma también era más larga.

Hablaron entre ellos durante unos segundos y el hombre del banderín, quizás el jefe, se acercó a Julián.

—Quítate la ropa —le dijo.

Julián obedeció y se quedó desnudo ante sus captores.

—Las botas también.

—¿No te parece excesivo? —dijo el hombre que se dirigió a Julián cuando fue alcanzado.

—Le estoy perdonando la vida, Jan, sus compañeros lo encontrarán.

—(Julián) ¡Los hombres con los que iba no son mis compañeros! ¡Yo era su prisionero y no volverán a por mí!

—No te creo —dijo el hombre del banderín—. Todos los que seguís la senda de Díaz sois unos mentirosos. Nadie hace prisionero a un errante.

A pesar de las protestas de Julián, sus captores tomaron sus ropas, sus botas y el zurrón y partieron a la carrera dejándole únicamente la pantalla. Julián corrió tras ellos durante unos minutos, hasta que se alejaron lo suficiente como para no oír sus gritos.

Julián regresó al lugar donde había sido capturado para recoger la pantalla. Intentó de nuevo comunicar con Rashid pero solo tuvo el silencio como respuesta.

Se sentó en la arena para reflexionar sobre su situación. Miró hacia el este, donde la aurora brillaba amenazadoramente y decidió que su única opción para sobrevivir hasta que Rashid volviese a restablecer la conexión, era conseguir ayuda de la tribu de Díaz.

La disyuntiva era entre seguir las huellas de Rama y Claudel o regresar a la senda y esperar a que llegasen Los Últimos. Se decidió por lo primero pues, seguramente, Rama y Claudel se habrían detenido cerca, al ver que ya no eran perseguidos. Incluso era posible que regresasen sobre sus pasos.

Julián caminó sobre la blanca arena siguiendo el visible rastro. Encontró el lugar donde Rama y Claudel se habían apostado, ocultos tras una duna ligeramente más alta que las demás, observando lo que pasaba.

Las huellas continuaban después girando hacia el este. Sin duda su intención era reunirse de nuevo con Los Últimos para advertirles de la presencia de un grupo de la tribu de Rod. Julián aceleró el paso todo lo que pudo.

Al cabo de una media hora, casi sin transición, la arena se transformó en grava cristalina, con guijarros tan afilados que hicieron brotar sangre de los pies de Julián tan pronto como pisó sobre ella y, para mayor desgracia, las huellas de Rama y Claudel no eran visibles en la gravera. Julián se dio cuenta de que su decisión no había sido la acertada.

Giró hacia el norte. Tenía que regresar a la senda antes de que pasase el grupo de Los Últimos. Bordeó la gravera manteniéndose todo lo posible sobre la arena y avanzó penosamente hacia su objetivo.

Llegó hasta una zona en la que la arena se alternaba con círculos de grava. Los rodeos que le exigían estos retrasaban considerablemente su marcha, por lo que intentó construirse unas protecciones para los pies utilizando la piel de la pantalla.

Localizó un cristal adecuado en una de las graveras y lo usó para cortar piel del instrumento. Arrolló en torno a sus maltrechos pies los pedazos de piel, sujetándolos con las correas de fijación.

La piel, plegada en varias capas, resistió los filos durante unos minutos de viaje, pero pronto estuvo tan destrozada que Julián se vio obligado a desmontar sus improvisadas botas y rehacerlas de nuevo utilizando las zonas menos dañadas como suela.

Avanzó derivando hacia el oeste, intentando evitar las graveras, y casi tuvo que regresar hasta el lugar donde había comenzado la persecución antes de encontrar una de las marcas de la senda de Díaz. Buscó una zona libre de cristales y se sentó a esperar a Los Últimos.

Pasó una hora, y después dos, y Julián comenzó a inquietarse. Una sospecha comenzó a abrirse paso en su mente: ¿habrían pasado ya Los Últimos por ese lugar antes de llegar él? Ya definitivamente asustado, arregló lo mejor que pudo sus improvisadas botas y caminó hacia la aurora, en busca de sus salvadores.

En el primer banco de arena encontró la respuesta. Una multitud de huellas, apenas borradas por la brisa, indicaba que por allí había pasado recientemente un numeroso grupo. Los Últimos, sin duda azuzados por las advertencias de Rama y Claudel, habían acelerado el paso lo suficiente como para adelantar a Julián mientras resolvía el problema de las graveras. Ahora, su último recurso de salvación estaba varias horas hacia el oeste, caminando a un ritmo que él no hubiera podido seguir ni siquiera con las botas de gruesa suela con las que desembarcó en el planeta, y la aurora aumentaba su brillo cada minuto que pasaba.

Caminó hasta que la piel que protegía sus pies quedó tan destrozada que fue imposible recomponerla. Abatido, se dio por vencido y se sentó en una duna a esperar acontecimientos.

—Errante, errante... despierta...

Julián se incorporó de un salto. Se había quedado dormido, agotado por la tensión. Carlos estaba sentado a su lado y sostenía una bota. Le había mojado los labios con un poco de agua.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el tullido.

Julián aceptó la bota que le tendía Carlos y bebió unos sorbos antes de contestar.

—(Julián) ¿Rama y Claudel no se han encontrado con vosotros?

—No conmigo. Cuando llegué a donde deberían haberse detenido Los Últimos para la Primera, el lugar estaba vacío. Encontré una señal de peligro y seguí caminando hasta que te encontré a ti. ¿Por qué estas desnudo y sin botas?

Julián relató lo sucedido y Carlos escuchó en silencio con la vista perdida en el horizonte, mirando hacia la aurora.

—Bien —dijo Carlos cuando Julián acabó su relato—, mi hora ha llegado. Pero tú has tenido suerte, podrás salvarte. Tendrás que caminar sin descanso, quizás una jornada o dos, hasta que alcances al grupo.

—(Julián) ¿Cómo voy a alcanzarlos? ¿No ves como tengo los pies?

—Tendrás que esforzarte. A cuatro horas de marcha encontrarás agua cavando en el fondo de un lago seco. Sigue una señal igual que esta —Carlos dibujó un círculo cruzado por una línea en diagonal— que se desvía de la senda hacia el sur y lo encontrarás. A pesar de la prohibición, Los Últimos me dejan, de vez en cuando, algún alimento al borde de la senda, búscalos.

Julián fue incapaz durante unos instantes de articular ni una palabra. Cuando el nudo que atenazaba su garganta desapareció, dijo:

—(Julián) ¿Estás intentando decirme que me darás tus botas para que me salve? ¿Y que tú te quedarás aquí, para morir?

—(Rashid) Julián, ya está reparado el sistema.

Carlos se levantó y se alejó de Julián, sin duda pensando que se había vuelto loco. Cuando este dejó de gritar palabras incomprensibles y cayó sentado de nuevo, agotado por la explosión emocional, se acercó y se sentó a su lado, sin dejar de observarlo.

—(Rashid) Lo siento Julián, no ha sido culpa mía. Todo el sistema falló de repente. Los científicos dicen que fue debido a una llamarada solar. Me aseguran que no volverá a suceder.

—(Julián) ¡Por supuesto que no volverá a suceder! ¿Por qué no has bajado a buscarme, traidor?

—¿Con quién hablas?

—(Rashid) Bajé y recorrí la senda. No estabas allí, Julián.

—(Julián) Estaba a muy poca distancia, podías haberme encontrado.

—¿Estás bien? —preguntó Carlos, mirándolo con preocupación

—(Rashid) Los equipos de visión de la naveta son muy ineficaces, Julián, ya lo sabes. Había demasiado terreno para explorar. Era mejor dedicar todos los esfuerzos a reparar el sistema.

Julián luchó por recuperar el control.

—(Julián) Carlos, te debo una explicación. Hablo con un usurero, explotador y mal amigo que se encuentra en una nave en órbita sobre este pla...

—(Rashid) ¡Julián!

—(Julián)... hemos sido contratados por unos científicos que os estudian desde...

—(Rashid) ¡Julián!

—(Julián)... e intenté hacerme pasar por...

—(Rashid) Julián... estás cometiendo una de tus locuras...

—(Julián) No, Rashid... esta vez no... vamos a sacar de aquí a este hombre. Estaba dispuesto a darme sus botas para que me salvase mientras él se quedaba para freírse al sol.

—¿Puedo oírlo yo?

—(Julián) Sí, Carlos, pon tu oído junto al mío... así... Rashid, di algo...

—(Julián) ¡Rashid!

—(Rashid) Hola, Carlos...

—(Julián) No te asustes... tengo un pequeño receptor en el oído que transmite también lo que decimos. Tus antepasados disponían de dispositivos similares... ¿no te lo han contado?

—Sí, sé lo que es un receptor de radio. Ví uno en la senda de Clarke, pero no funcionaba.

—(Rashid) Julián, sabes que no podemos...

—(Julián) Sí que podemos... déjame pensar...

—(Rashid) Los científicos no lo permitirán. Y no estoy pensando solo en nuestro contrato. Ellos también tienen que someterse a unas normas...

—(Julián) Escucha... díles que no estoy dispuesto a continuar con la misión si no dispongo de un asesor bien informado. Díles que mantendremos todo esto en secreto y que borraremos de las grabaciones todo lo relacionado con Carlos. Cuando regresemos lo presentaremos como un ayudante reclutado en un mundo exterior.

—(Rashid) ¿Estarías dispuesto a terminar el trabajo?

—(Julián) Sí, con esa condición.

—(Rashid) Veré lo que puedo hacer...

—(Julián) Rashid... voy a sacarlo de aquí.

—(Rashid) Eres un cabezota.

—(Julián) No te hagas el duro, Rashid, sé que tú tampoco lo abandonarías.

—(Rashid) Voy a hablar con Francoli.

—(Julián) Vale...

—¿Entonces... no veré el amanecer?

—(Julián) No, Carlos, no verás el amanecer en este mundo, pero verás muchos en un lugar donde el sol no mata.

Carlos se volvió hacia la aurora y se quedó pensativo. Al cabo de unos instantes comenzó a cantar:

*... y el sol, amable  
me acarició la cara  
bronceó mi piel  
y me llenó de calor...*

—(Julián) Tienes buena voz, Carlos. ¿Quién compuso esa canción?

—Es muy antigua, la aprendí de niño.

*...Jane salió del agua  
y me salpicó, jugando  
y calló mis protestas  
con un beso salado...*

—Nunca he entendido lo del beso salado... ¿sabes qué quiere decir?

—(Julián) Esa canción habla de una pareja que se baña en las orillas de un mar, probablemente en una playa de arenas como estas. Los mares suelen tener agua salada.

—Un mar... sí, me enseñaron que algunos planetas tenían mares tan grandes que harían falta cientos de días para cruzarlos si se pudiese caminar sobre ellos, pero no me dijeron nada de que tuviesen el agua salada.

—(Rashid) Julián... aceptan las condiciones, pero nos advierten que si El Consejo se entera de esto utilizarán todos sus recursos para hundirnos.

—(Julián) Perfecto... baja a buscarnos.

—(Rashid) Voy...

—Errante...

—(Julián) Llámame Julián.

—Julián, ¿te has fijado en la aurora?

—(Julián) ¡Rashid!... ¡Date prisa o nos encontrarás más fritos que ese asqueroso pescado que comes...!

\*\*\*\*\*

Cuando la naveta depositó a Julián por segunda vez sobre la superficie de GA21, vestido y equipado de nuevo con los útiles universales de los habitantes de aquel mundo, se encontró con un paisaje muy distinto al de la primera ocasión.

Los científicos habían decidido enviarlo directamente a la franja de los Representantes argumentando que, ahora que Julián disponía de un asesor local, podían asumirse más riesgos y no sería necesario el tiempo de adaptación previsto en la zona de Los Últimos.

En el lugar en que se encontraba ahora, las especies de plantas que retrasaban su encapsulamiento hasta poco antes del amanecer apenas habían iniciado el proceso, por lo que el terreno estaba salpicado de macizos vegetales de vivos colores.

—(Rashid) Según Carlos, aún hay más plantas en la línea de Los Avanzados, en la zona de penumbra. Tendrías que verlo, se está adaptando a los sistemas de abordaje a una velocidad increíble. Ya sabe manejar las cámaras casi tan rápido como yo y te sigue sin problemas.

—(Julián) Bueno, la verdad es que tú eres un poco torpe, Rashid, no me lo negarás...

—(Rashid) No sé como te aguanto, Julián...

—(Julián) Porque hago el trabajo que tú no te atreves a hacer... ya que somos socios, deberías bajar alguna vez.

—(Rashid) Mis once hijos no me lo permiten...

—(Julián) He ahí la respuesta eterna... ¿Puedo hablar con Carlos?

—(Carlos) Te oigo, Julián.

—(Julián) ¿Ves ese bosquecillo ahí enfrente? ¿Es peligroso?

—(Carlos) Espera... ¿qué palanca?... Ah... sí, lo veo... no hay peligro, es una planta de espinos... nada puede ocultarse en ella.

—(Julián) Me alegro... voy a comenzar a moverme hacia la tribu. Mantened los ojos abiertos.

—(Rashid) Se encuentran a unos tres kilómetros de distancia. Parece que se han parado hace poco.

—(Julián) Vale, vamos a repasarlo todo..., estos son los Representantes de Carter. ¿Los conoces, Carlos?

—(Carlos) Sí, estuve con ellos durante diez jornadas cuando fui errante. Son buena gente.

—(Julián) Aprovechemos para aclarar algunas cosas... Explicame eso de ser errante.

—(Carlos) Se es errante cuando decides ir a visitar a otras tribus. Hay hombres que lo son durante toda su juventud y otros que se cansan enseguida y vuelven a su senda. No se puede hacer daño a un errante y hay que acogerlo como mínimo una jornada, aunque su servicio no sea aceptado.

—(Julián) ¿Qué servicio?

—(Carlos) El de fecundar a las mujeres, claro... Aunque si el errante quiere quedarse durante unos días como acarreador, no suele haber problemas.

—(Rashid) Ya ves, Julián... jo, jo, jo... que hemos elegido una tapadera que te va al pelo.

—(Julián) Tú, polígamo, no eres el más indicado para reírte de esto... Dime, Carlos... ¿el errante puede negarse si la mujer es... digo... no es de su agrado?

—(Carlos) En teoría no debe hacerlo, es la obligación del errante... aunque tú... perdona... pero no creo que acepten tus servicios a causa de la delgadez de tus piernas.

—(Rashid) Y de otras cosas... me temo.

—(Julián) ¡Rashid! ¡Cuando volvamos me vas a presentar a tu hija Fátima!

—(Rashid) Ni lo sueñes, infiel.... Atento, hay algo que se mueve a unos cien metros, en tu trayectoria. ¿Lo ves, Carlos?

—(Carlos) Sí, es una línea—fija. No es peligroso mientras no te pongas en su camino.

Julián pasó junto a un animal que se parecía a un cruce entre una oruga y un hipopótamo. Se desplazaba penosamente, extendiendo su cuerpo mientras se apoyaba en un grupo de cuatro extremidades traseras, posaba en el suelo las otras cuatro del extremo delantero, izaba las de atrás, curvaba el cuerpo y vuelta a comenzar el ciclo.

—(Carlos) Camina permanentemente desviándose un poco de la línea este—oeste. Si encuentra un obstáculo, lo rodea y después vuelve exactamente a la línea que seguía. Come solo lo que encuentra en su camino, sea vegetal o animal.

—(Rashid) ¿Y qué hace cuando llega a las regiones polares?

—(Carlos) No lo sé, suponemos que cuando llega a una zona fría cambia su deriva y vuelve hacia zonas templadas.

Julián dejó atrás al línea—fija y, aconsejado por Carlos, pasó junto a un grupo de plantas parapetándose tras su pantalla.

«La pantalla —les había explicado Carlos— sirve para defenderse de dos peligros: el lanzaespinas y el derivador. El lanzaespinas en un arbusto que crece camuflado en simbiosis con varios tipos de plantas. Defiende a estas lanzando, mediante unas vesículas de gas a presión, dardos venenosos que proyecta hasta distancias de cincuenta metros. A cambio, las plantas le proporcionan alimento y agua, que el lanzaespinas necesita, pues no tiene raíces. El derivador es un

animal que flota en el aire gracias a dos bolsas llenas de un gas ligero. Vuela sobre las zonas de Los Representantes y los Avanzados y ataca a todos los animales de menos de cien kilos, atrapándolos con unos tentáculos espinosos. Las pantallas confunden tanto al animal como a la planta. Para evitarlos, aprendemos desde niños cuáles son las especies que pueden vivir en simbiosis con el lanzaespinas y, en Los Representantes, se mantiene una vigilancia permanente sobre el cielo»

Los Representantes de Carter estaban acampados sobre un bancal rodeado por un muro de piedra. Era la primera construcción permanente con la que Julián se había encontrado desde que llegó al planeta.

—(Carlos) Algunas tribus tienen esa costumbre. Construyen muros cercan- do las zonas de parada. Nosotros nunca lo hicimos porque hay que reparar continuamente los destrozos que hacen los línea—fija.

El hombre que estaba de guardia salió a su encuentro. Unas cien personas esta- ban tumbadas sobre capas extendidas en la arena, y otras veinte deambulaban reali- zando actividades diversas. El centinela llevaba un casco de láminas cristalinas, similar al que portaban los hombres de Rod que lo habían capturado en su primer descenso.

—Salud, errante —le saludó—, ¿Quién eres y de dónde vienes?

—(Julián) Soy Julián, de la tribu de Madós, y vengo del norte.

—Conozco tu tribu y es buena gente. ¿Qué sucede en el norte? ¿Es cierto que puede haber guerra entre Díaz y Rod?

—(Julián) Se han producido enfrentamientos, pero, hasta donde yo sé, aún no ha habido luchas sangrientas.

—Me alegra oír eso..., pareces mal alimentado... Ven, Los Avanzados nos han dejado una sorpresa esta semana.

El centinela guió a Julián hasta un lugar donde estaban amontonados va- rias decenas de frutos similares a gigantescas calabazas y volvió a su puesto de observación, en la zona del muro que miraba hacia el este.

—(Carlos) Son melones, muy raros de encontrar. Corta el fruto con la punta de la azagaya... la parte comestible son esos nódulos oscuros.

Julián sacó un nódulo del tamaño de un pomelo y lo probó.

—(Julián) ¡Sabe asqueroso!

—(Rashid) Seguro que has comido cosas peores, Julián... come un par de ellos, por lo menos...

Julián miró a su alrededor y comprobó que, al menos, tres o cuatro perso- nas le miraban con interés. Acabó el fruto haciendo un esfuerzo y después buscó un lugar cómodo donde sentarse. Había dormido unas horas en la nave y no tenía sueño, por lo que se dedicó a observar a los durmientes.

Era un grupo heterogéneo, hombres, mujeres y niños de todas las edades. Había incluso ancianos de edad similar a la de algunos componentes del grupo de Los Últimos con los que viajó en su anterior incursión.

—(Julián) Carlos...

—(Rashid) Carlos está hablando con los científicos, Julián, no dejan de hacerle preguntas.

—(Julián) ¡Pues podían haber hecho eso desde el principio y así nadie arries- garía el pellejo!



—(Rashid) Todo es política, Julián. Si las autoridades se enteran que hemos sacado a Carlos, la responsabilidad caerá sobre nosotros. Ellos lo negarán todo.

—(Julián) Quería preguntarle por qué hay ancianos en este grupo. Creía que estarían todos en Los Últimos.

—(Rashid) El que un hombre o una mujer sea viejo no implica que deba ir a Los Últimos. Allí solo van los débiles.

—(Julián) Rashid, quiero hablar con Carlos, me gustaría una explicación más completa.

—(Rashid) De acuerdo, un momento...

—(Carlos) ¿Qué quieres saber, Julián?

—(Julián) ¿Cuánto tardarán en levantarse?

—(Carlos) Unas dos horas, creo.

—(Julián) Entonces quiero saber con detalle por qué se dividen las tribus en tres grupos, su relación y como se decide quien va a uno o a otro.

—(Carlos) ¿Por dónde comienzo?... sí... de acuerdo... ¿conoce las leyes?...

—(Julián) ¡Rashid!...

—(Rashid) Espera, Julián... nos estamos organizando.

—(Julián) ¡Déjale a su aire!

—(Rashid) Ya le dejo, Julián...

Una mujer se apartó de uno de los grupos que conversaban, se acercó a Julián y se quedó mirándolo, como esperando algo.

—(Carlos) Levántate, Julián.

La mujer le hizo un gesto ambiguo.

—(Carlos) Quiere que te quites la ropa.

—(Julián) Ah no... otra vez no...

—¿Cómo dices?. —preguntó la mujer.

—(Carlos) Quiere verte desnudo.

—(Rashid) Haz un esfuerzo, Julián, jo, jo, jo...

—(Julián) Digo que estuve enfermo.

—(Carlos) No puedes negarte, Julián... Un errante debe aceptar todas las propuestas.

Julián se despojó por tercera vez de su túnica. En su hombro derecho podía verse un dibujo que representaba tres azagayas cruzadas, el símbolo de la tribu de Madós.

En ese preciso instante, el centinela gritó algo que Julián no comprendió. La mujer salió a la carrera y en la tribu se inició una actividad frenética.

—(Carlos) Julián, cúbrete con la pantalla, rápido...

Julián obedeció y se acurrucó desnudo bajo su pantalla, imitando al resto de los componentes del grupo. Los que dormían antes de la alarma permanecieron en el mismo lugar y se limitaron a cubrir su cuerpo con el instrumento que, previsoramente, tenían a su lado.

—(Carlos) El centinela ha visto un derivador. Deberás permanecer oculto hasta que se vaya.

—(Julián) ¿Tan peligroso es? ¿Un grupo como este no puede hacerle frente?

—(Carlos) Sí, Julián... incluso un hombre solo, si está prevenido, puede hacer huir a un derivador lanzándole la azagaya. Pero si el derivador

descubre a la tribu la seguirá durante días, y puede atrapar a alguien en un descuido.

Julián atisbó por el borde de su pantalla hasta que pudo ver al animal. Colgaba de dos bolsas de gas casi esféricas y se propulsaba agitando unas alas membranosas que extendía y recogía en ciclos lentísimos. De su centro colgaban varios filamentos que llegaban hasta el suelo, a unos veinte metros de distancia.

El derivador pasó muy cerca del borde sur del muro que cercaba el lugar de acampada. Sus zarcillos, oscilando, llegaron incluso a ponerse en contacto con este y lo exploraron a una velocidad increíble, introduciéndose en los huecos que dejaban las piedras que lo componían.

—(Carlos) Ha habido suerte, si el derivador hubiese descubierto a la tribu tendríais que haber luchado con él.

—(Julián) ¿Y por qué no los matan siempre que aparecen?

—(Carlos) No es tan sencillo, hay que utilizar un cebo para hacerles bajar y atrapar sus zarcillos lanzándoles cuerdas con piedras atadas a los extremos. Son muy precavidos... en ocasiones acechan a sus presas durante días desde mucha altura y bajan a por ellas cuando duermen.

—(Julián) Encantador... ¿Cuánto tiempo tendremos que estar escondidos?

—(Carlos) Bastante. El derivador viaja durante una hora aproximadamente, después se detiene, se fija a una roca y acecha durante unos minutos. Si no se mueve nada a su alrededor en ese tiempo, sigue su camino.

—(Julián) Entonces aprovecharemos para que me expliques algunas cosas... Primero, ¿cómo medís el tiempo? Hablas de días, horas y minutos, pero no tenéis relojes.

—(Carlos) ¿Qué es un reloj...? Ah... un cronómetro... ya... sí eso de ahí... sí, sé lo que es un cronómetro... un errante me enseñó uno que aún funcionaba hace varios años... Por lo que sé, nuestras horas son un poco más largas que las antiguas... que las vuestras. Ra da una vuelta sobre sí misma cada cinco horas... Selene hace un círculo completo cada cuarenta días de veinte horas... Usamos un cronómetro que consiste en un hueso de banta de dos palmos de alto que colocamos perpendicularmente sobre una placa graduada. Lo orientamos hacia la aurora y la sombra de Selene señala la hora del día.

—(Julián) ¿Y si no se ve Selene?

—(Carlos) Lo calculamos a estima.

—(Rashid) Selene tiene una órbita polar, Julián, es visible casi siempre... Tendrías que ver la complejidad de la escala que utilizan.

—(Carlos) La diseñaron nuestros antepasados... eran muy sabios...

—(Julián) Tuvieron mucho tiempo para adaptarse, Carlos... Háblame de las tribus y sus grupos.

—(Carlos) Las tribus se dividen en tres grupos. Los Avanzados a la cabeza, Los Representantes en medio y Los Últimos al final de la Senda. Los Avanzados cazan en...

—(Julián) Espera, Carlos, eso creo que ya lo sé... Lo que me interesa es cómo, o quién decide qué personas va a uno u otro grupo.

—(Carlos) Nadie decide eso, Julián, excepto en el caso de los castigados a pasar un tiempo en Los Avanzados... Los niños se crían en Los Representantes y a partir de los veinte años pueden ir a Los Avanzados. Si deciden no ir, nadie les obliga, pero pierden su derecho al Periodo y no podrán formar nunca parte del Consejo.

—(Julián) ¿Qué es el Periodo?

—(Carlos) Es el derecho a que la tribu te transporte durante treinta días si no puedes desplazarte por ti mismo. Lo tienen los menores de veinte años, las mujeres y todos los hombres mayores de sesenta, hayan servido en Los Avanzados o no. Los hombres entre veinte y sesenta solo lo tienen si han servido como mínimo un año, o si han sido heridos cazando.

—(Julián) Entonces... si estás enfermo o has sufrido un accidente, te transportan hasta que te curas.

—(Carlos) Por un máximo de treinta jornadas.

—(Julián) ¿Y después?

—(Carlos) Nada, si no puedes caminar, te alcanzan Los Últimos y después el sol.

—(Julián) ¿En Los Últimos no te transportan?

—(Carlos) No, solo tienes derecho en Los Representantes. Cuando alguien es herido o enferma en Los Avanzados espera a Los Representantes. Después de treinta días nadie puede ayudarte.

—(Julián) Pero... ¿y tu familia, y tus amigos?... ¿te dejan así?

—(Carlos) Es la ley, Julián. A partir del día treinta nadie te transportaría. La pena es la expulsión.

—(Julián) Ya... ¿Y si agotas tu periodo de treinta días y vuelves a enfermarte o lastimarte?

—(Carlos) Después de haber agotado tu Periodo no tienes derecho a otro hasta pasadas cien jornadas. Si has estado enfermo y has consumido, por ejemplo, veinte días de tu Periodo, tienes otros diez para cualquier contratempo hasta que, pasadas las cien jornadas, tu derecho se restablece al completo. La única excepción son las mujeres embarazadas; para ellas no corre el periodo durante los meses anteriores al parto y durante los seis posteriores.

—(Rashid) Es una ley dura para un lugar duro, Julián... hemos visto cosas peores.

—(Julián) Sí, Rashid, ya lo sé... pero, es terrible...

—(Rashid) Lo importante ahora es que terminemos la misión y organicen el rescate cuanto antes.

—(Julián) De acuerdo... ¿qué hago?

—(Rashid) Los científicos quieren que hables todo lo posible con ellos. Tienen una costumbre que quieren grabar en todo su detalle. La llaman «El combate de ingeniosidades»... quieren que participes.

—(Julián) No me gusta nada eso de «combate».

—(Carlos) No es una lucha, Julián, es una competición de ingeniosidad. Se suele celebrar cuando un errante llega a un grupo de Representantes. La persona más ingeniosa del grupo reta al recién llegado y un jurado establece el ganador.

—(Julián) ¿Cuál es el premio?

—(Carlos) Si gana el representante del grupo, el errante debe ganarse el derecho a quedarse en la tribu a base de hacer trabajos que nadie desee hacer o portear grandes pesos, y debe irse cuando se lo pidan, sin derecho a protesta. Si gana el errante, puede quedarse en la tribu durante treinta jornadas, con plenos derechos.

—(Julián) ¿Nada más?

—(Carlos) Bueno... si el errante pierde tiene que ponerse a las órdenes de la persona que le ha vencido durante seis jornadas, a no ser que sea despedido inmediatamente.

—(Julián) ¿Qué significa eso exactamente?

—(Carlos) Que tiene que obedecer cualquier orden. Llevar carga, someterse sexualmente al ganador o cualquier cosa similar...

—(Julián) ¿Qué?

—(Rashid) Julián... los ingeniosos suelen ser mujeres.

—(Julián) ¿Suelen?

—(Carlos) Sí... casi siempre.

—(Julián) Pero... ¿no me habías dicho que los errantes no podían negarse a ninguna mujer?, entonces... ¿por qué eso es un premio?

—(Carlos) No pueden negarse a una relación normal, una relación para procrear... pero pueden negarse a otras formas de practicar el sexo.

—(Rashid) Están saliendo de debajo de sus pantallas.

—(Carlos) El derivador se ha alejado. Puedes salir, Julián.

—(Julián) Cuéntame más sobre eso del... un hombre viene hacia mí...

El hombre aparentaba unos cincuenta años de edad, aunque su pelo aún estaba libre de canas y su paso era firme y elástico. Se presentó:

—Soy Ibrahim, Principal del Consejo —tendió una mano y Julián se la estrechó—. Me han dicho que eres de la tribu de Madós. Yo viví con ellos durante cien jornadas... tú serías un chiquillo entonces. ¿Vive aún Jerje?

—(Carlos) No. Dile que vio amanecer hace seis años.

—(Julián) Murió hace seis años.

—¿Murió?... ¿Y de qué murió?

—(Carlos) Julián... Morir significa que algo o alguien lo mató antes de ver el amanecer.

—(Julián) Se despeñó...

—(Rashid) Bueno, Julián... procura atender a lo que te dice Carlos.

—(Julián) Mala suerte... ¿llevas mucho errado?

—(Carlos) Seis sendas...

—(Julián) Seis sendas.

—¿En cuánto?

—(Carlos) Un año...

—(Julián) En un año.

—Debes ser más duro de lo que pareces... hum... o muy ingenioso. Bueno, pronto lo podrás probar. María, mi sobrina, es un todo un prodigio... vence siete de cada diez. ¿Aceptarás el desafío?

—(Rashid) ¡Sí!

—(Julián) Sí.

—De acuerdo, ¡Prepárate!

Poco a poco Los Representantes de Carter fueron incorporándose y concentrándose alrededor de una decena de pequeñas hogueras que fueron encendidas en el centro del círculo. Julián fue invitado a sentarse junto a una de ellas y recibió una ración de los alimentos que fueron repartidos entre los congregados por un grupo de mujeres. Al parecer, el trabajo se dividía en pelotones de siete u ocho personas. Los que habían encendido las hogueras, todos hombres, ahora estaban sentados junto a los demás y eran servidos por otro pelotón, mixto, que preparaban y distribuían los alimentos.

Julián, instado por Rashid, se vio obligado a comer otro de los amargos nódulos de melón y descubrió que esta segunda vez su sabor no le era tan desagradable. El resto de los alimentos que le habían proporcionado eran, en cambio, y a pesar de su origen desconocido, mucho más apetitosos. Sobre todo, una especie de flor rosada que olía a canela y tenía un sabor que le recordaba al chocolate.

Asistido por Carlos, Julián contestó a todas las preguntas, muchas, que le formularon. El desayuno, o, al menos lo que parecía un desayuno, finalizó cuando el pelotón que había encendido las hogueras recogió las brasas de todos los fuegos y las amontonaron en un solo lugar, valiéndose de unas palas fabricadas con láminas de cristal.

Los hombres, mujeres y niños fueron acomodándose en un corro alrededor del fuego, tal y como hicieran Los Últimos de Díaz en su anterior visita.

Se sentaron en dos filas de modo que los más altos quedaban detrás de los de menor estatura, con una rapidez tal que hizo sospechar a Julián que cada uno tenía su sitio establecido.

—(Carlos) Quédate en pie y espera a que te digan donde sentarte.

Dos hombres extendieron sobre la arena unas gruesas pieles en un lugar próximo a las brasas. Una mujer se aproximó, se quitó las botas y se arrodilló sobre una de ellas, sentándose sobre sus talones. Aparentaba no tener más de veinte años, aunque la expresividad de su mirada la hacía parecer mayor. Era muy atractiva a pesar de la desproporción de sus gruesas piernas.

La muchacha miró a Julián y sonrió. Con un ademán le invitó a sentarse en la segunda piel.

—(Rashid) Jo, jo, jo... seguro que ahora no te quejas, Julián...

La muchacha habló en voz muy alta, casi gritando.

—Esta mañana, cuando desperté, vi a un errante de piernas delgadas... Tanto, que no me explico como ha podido alcanzarnos...

—(Carlos) El combate ha comenzado... ahora tienes que contestar algo ingenioso... espera que piense...

—(Julián) Se camina a más velocidad transportando poco peso.

—(Carlos) Eso no ha sido una respuesta muy ingeniosa, Julián, y debes hablar mucho más alto para que todos te oigan.

—(Rashid) ¡Deja que te aconseje Carlos...!

—(Carlos) Además, los músculos de las piernas se desarrollan en proporción al peso que se transporta. Con tu respuesta das a entender que eres de los que hacen trampas para llevar menos carga...

—En nuestra tribu solo quieren caminar ligeros los niños, los locos y los caraduras.

—(Carlos) Te da por acabado. Si no respondes con algo verdaderamente bueno suspenderá el combate y los jueces te descalificarán... espera...

—(Rashid);Por favor... Julián...!

La gente comenzó a murmurar, sin duda decepcionados. La muchacha le miraba fijamente con una expresión entre curiosidad y extrañeza.

—(Carlos) Di, hablando muy alto: «la carga que transporta un errante es muy ligera, pero quizá es una de las más valiosas».

Julián así lo hizo y los murmullos cesaron. La muchacha sonrió. El combate continuaba.

—Siempre he pensado que la vida presente es más importante que la futura, porque aquella no puede existir sin esta —dijo la muchacha.

—(Carlos) Quiere meterte en una encerrona, es muy difícil responder a eso sin caer en tópicos... espera que piense...

—(Julián) En realidad, la vida no es más que una chispa de luz que brilla un instante entre dos eternidades.

Tras unos momentos de silencio, la respuesta de Julián provocó aplausos entre los congregados.

—(Carlos) Eso ha estado bien, Julián, y has sido muy rápido... uno de los jueces se ha levantado, creo que has ganado.

La muchacha también se levantó y Julián hizo lo mismo. El juez le proclamó vencedor y Julián agradeció los aplausos del público con varias reverencias. El gesto hizo brotar risas, sobre todo de los niños, que continuaron imitándole hasta mucho después de haberse disuelto la concentración.

—(Carlos) El combate ha sido inusualmente corto, Julián. Tu respuesta les ha impresionado, y a mí, también.

Julián iba a responder a Carlos pero enmudeció al ver que la muchacha se aproximaba a él.

—Tu respuesta ha sido muy ingeniosa, errante, nunca había oído nada parecido. ¿Ese pensamiento es tuyo? —le preguntó.

—(Julián) No, no es mío. Esa frase la escribió un sabio, en La Tierra, antes de que los hombres viajaran a otros mundos.

—Hace mucho tiempo, entonces, pero el tiempo no desvirtúa la calidad de los pensamientos inteligentes.

Julián sonrió.

—(Julián) Ya no estamos en el combate, muchacha.

—Perdona, tienes razón —respondió riendo—... ¿Puedo preguntarte una cosa?

—(Julián) Pregúntame lo que quieras.

—¿Por qué tus piernas son tan delgadas?

—(Julián) Un lanzador casi acaba conmigo. He estado mucho tiempo convaliente.

—¿Ahora estás bien?

—(Julián) Sí, me estoy recuperando rápidamente.

—¿Puedes hacer ahora una pausa?

—(Julián) ¿Una pausa?

—(Carlos) Te pregunta si quieres hacer niños con ella, Julián. Debes responderle que sí.

—¿No usáis esa palabra en vuestra tribu?

—(Julián) Sí, perdona... sí, puedo hacer pausas. ¿Puedes esperar un poco? Antes debo hacer otra cosa.

—Oh, no hay prisa, errante. No saldremos antes de una hora.

Julián se alejó del grupo y saltó el muro, separándose unos metros.

—(Rashid) Ahí tienes tu oportunidad para hacer chispas de luz, jo, jo, jo...

—(Julián) ¡Calla, bellaco! ¡Carlos!

—(Rashid) ¡Está que echa chispas! ¡Jua, jua, jua...!

—(Carlos) Dime, Julián.

—(Julián) ¿Cómo se hace eso de pausar?

—(Carlos) ¿Nunca has hecho niños con una mujer?

—(Rashid) ¡Juaaa, Juaaa, Juaaa, Juaaa...!

—(Julián) ¡O te callas o mando esta misión a la mierda!... Sí, Carlos, he hecho niños con muchas mujeres..., te pregunto sobre las costumbres o ritos que podáis seguir y yo desconozca.

—(Carlos) Oh... bueno, creo que se hará parecido a cómo se haga en otros lugares. Las mujeres hacen un círculo y animan a los que están haciendo niños. Y las que quieren participar esperan su turno.

—(Rashid) Pfff...

—(Julián) ¡Una risa más y no respondo! ... Carlos... ¿Puede variarse esa costumbre? ¿Puede hacerse en la intimidad, entre un hombre y una mujer solos?

—(Carlos) No veo inconveniente... pero no creo que ninguna mujer quiera aventurarse a ir a un lugar lejos del grupo.

—(Rashid) Se mantienen unidos para protegerse de los peligros, Julián.

—(Julián) Los errantes no van en grupo.

—(Carlos) Es cierto, pero un errante acepta ese riesgo al viajar entre las sendas. Una mujer no tiene porqué exponerse, y menos para hacer una pausa, momento en el que se es especialmente vulnerable.

Julián volvió pensativamente hasta el muro y recogió la azagaya y la pantalla que había dejado apoyadas contra él.

—(Julián) Carlos, ¿alguna vez montáis tiendas?

—(Carlos) ¿Tiendas? ¿Qué es eso?

—(Julián) Una cabaña hecha de piel sobre una armazón de ramas o huesos, se usa para protegerse del frío o de la lluvia.

—(Carlos) Generalmente, solo llueve y hace frío en Los Avanzados... y cuando llueve se protegen del agua juntando sus pantallas a modo de techo. ¿Por qué preguntas eso? ¿Crees que lloverá?

—(Rashid) Julián pretende construir una tienda para evitar que el resto del grupo le vea... hacer una pausa con esa joven.

—(Carlos) No lo entiendo.

—(Rashid) En nuestra cultura se suele pausar casi siempre en la intimidad, y con solo dos participantes. En pocas ocasiones pausan juntos más de dos personas.

—(Carlos) ¿Eso es una obligación para ti? ¿Es algo religioso?

—(Rashid) Julián se sentiría tan a disgusto si lo hiciera a vuestra manera que es posible que no pudiera cumplir el objetivo.

—(Carlos) Entiendo...

—(Julián) Es cierto, Carlos... no podría hacerlo debido a un condicionamiento social. ¿Es posible lo de la tienda?

—(Carlos) No lo sé... debes preguntarlo.

Julián así lo hizo y la respuesta de la joven fue positiva. Estaba tan divertida con la idea que se lo dijo a todo el mundo. Cuando Julián terminó de construir una tienda cónica utilizando varias azagayas clavadas en la arena y atadas en el centro, y una cubierta confeccionada con las pieles que pusieron a su disposición, el grupo en pleno ya se había congregado a su alrededor, celebrando alborotadamente aquella extravagancia.

Julián invitó a María a pasar al interior y se vio obligado a salir en varias ocasiones para reprender a los niños que atisbaban levantando las pieles. Cuando estuvo seguro de que los mayores habían comprendido que debían impedir a sus retoños acercarse a la tienda, se tranquilizó lo suficiente como para cumplir con su cometido de errante. Cuando la muchacha salió, fue acogida con un nutrido aplauso en medio de las risas generalizadas.

Un grupo de unas diez mujeres, que habían formado una cola deseosas de probar la novedad, se sintieron decepcionadas cuando Julián anunció que el rito de la tienda implicaba que cada hombre solo podía pausar con una mujer, pero pronto se animaron cuando surgieron voluntarios por doquier. La fiesta improvisada continuó hasta que una voz anunció que era hora de preparar la marcha.

El campamento fue recogido a una velocidad de vértigo. En menos de tres minutos los primeros caminantes ya estaban saliendo del círculo. A Julián le asignaron una carga que consistía en un haz de azagayas de repuesto, de, aproximadamente, doce kilos de peso.

Aconsejado por Carlos, Julián distribuyó las azagayas en dos haces independientes, los ató por un extremo y los separó en el otro colocando una raíz sobrante del fuego atada a modo de travesaño. De esa forma, con la cabeza dentro del triángulo, pudo apoyar un haz en cada hombro, buscando el punto de equilibrio. Era una forma eficaz de distribuir el peso, pero la falta de costumbre hizo que pronto comenzaran a dolerle los músculos.

—(Carlos) En realidad te han asignado una carga ligera. Fijate en la que lleva María.

La muchacha caminaba delante de él transportando un gigantesco canasto lleno de nódulos de melón. Julián calculó que pesaría más de treinta kilos. Otras



mujeres cargaban con cestos similares. Los llevaban durante un tiempo sobre un hombro, luego los cambiaban al otro y, de cuando en cuando, los colocaban sobre su cabeza, en equilibrio sobre un anillo construido con pieles blandas.

Antes de partir, un hombre decidió la cantidad de melones que dejarían para Los Últimos y los enterraron en la arena, colocando una marca sobre el lugar. Carlos identificó a ese hombre como El Representante, el jefe de la tribu y, por lo tanto, el encargado del reparto.

—(Carlos) En realidad, El Representante no toma ninguna otra decisión, aunque se le llame «jefe». La autoridad la ejerce el consejo de ancianos. El jefe solo decide sobre las cosas cotidianas: el reparto de pesos, la comida, las paradas... El Principal tiene mucha más autoridad, aunque solo puede ejercerla cuando se reúne el consejo.

—(Julián) Entonces, ¿quién toma las decisiones cuando sucede algo extraordinario?

—(Carlos) Depende de lo que sea lo extraordinario. Si es un animal peligroso, hay que obedecer al Cazador... si hay guerra, al Guerrero. Hay un responsable para cada situación.

—(Julián) Muy complicado... En Los Últimos, en tu senda, solo había un jefe, ¿no?

—(Carlos) En Los Últimos y en Los Avanzados solo hay un jefe, sí. En los Representantes es distinto... Bueno, también hay un solo jefe... pero solo se ocupa de la intendencia...

Julián comenzó a rezagarse muy pronto. Los Representantes de Carter avanzaban hacia el oeste divididos en dos filas paralelas. Esta formación, les explicó Carlos, facilitaba la vigilancia de ambos flancos a la vez que impedía que el grupo se dispersase.

A pesar de sus esfuerzos, tras dos horas de marcha Julián ya ocupaba el último lugar.

Caminaba tras una mujer que, apunto de dar a luz, era transportada a turnos por grupos de cuatro hombres, utilizando una camilla fabricada con mangos de azagaya y piel, colgada de unos arneses que fijaban a sus hombros. La mujer ya tenía contracciones y era asistida por una matrona que caminaba a su lado sosteniendo su mano y secando, de cuando en cuando, el sudor de su frente.

Julián ya estaba a una distancia de doscientos metros cuando comenzó el parto. Oyó cómo se impartían órdenes y los gritos de la mujer. Cuando los alcanzó, la tribu se había fragmentado en dos. El grupo mayor continuó la marcha y el menor, de unos veinte componentes, se quedó junto a la parturienta y sus asistentes.

—(Carlos) Es mejor que te quedes con ellos y descansas, Julián.

Julián asintió en silencio. El descanso le permitió observar el cielo. Hacia el este la aurora permitía ver a contraluz una densa masa nubosa que parecía elevarse hasta mucha altura. Julián se apartó del grupo unos pasos e interrogó a Carlos sobre aquel fenómeno.

Tras un momento de espera, mientras Rashid orientaba las cámaras, Carlos le contestó:

—(Carlos) Es una tormenta rápida. Supongo que ya lo habrán advertido, pero, por si acaso, díselo a alguien del grupo.

Julián se acercó al hombre más cercano y le señaló el horizonte.

—Sí, ya la hemos visto, errante, nuestro observador calcula que llegará en dos horas. Aún tenemos tiempo.

—(Carlos) Una tormenta de ese tipo puede arrastrarte y destrozarte contra las rocas. Si están tan tranquilos es porque hay algún refugio cerca, así que no debes preocuparte.

—(Julián) ¿Y qué hacéis si os sorprende lejos de un refugio?

—(Carlos) Entonces se cava un agujero en la arena y te cubres con pieles. Si la tormenta dura menos de una hora hay muchas posibilidades de sobrevivir... No te preocupes, Julián, en Los Representantes es muy difícil que una tormenta dure más de veinte minutos. En Los Avanzados es otra cosa..., si no encuentras un refugio... por suerte, allí se ven venir desde muy lejos.

—(Rashid) Carlos, los científicos quieren más detalles sobre esas tormentas.

—(Carlos) Se forman en la línea de la aurora y, cuando estallan, circulan hacia el oeste a mucha velocidad. En Los Últimos su paso apenas es perceptible, invierten la brisa durante una hora o así y, a veces, descargan un poco de lluvia. En Los Representantes pueden arrastrar a un hombre por el suelo y en Los Avanzados llevárselo volando. Por suerte, siempre duran muy poco, por eso las llamamos tormentas rápidas.

—(Julián) ¿Hay otro tipo de tormentas?

—(Carlos) Sí, Julián, las tormentas de arena.

—(Rashid) Hay referencias de ellas en los registros. Soplan durante días sobre el eje sur—norte. Dicen que llegan a ocupar toda la zona nocturna.

—(Carlos) Sí... Yo solo he visto una, cuando era un crío, y fue terrible...

—(Rashid) Pero... según estos datos, los vientos no llegan a superar los cincuenta kilómetros por hora.

—(Carlos) Es cierto, pero la arena cubrió las marcas y nadie sabía dónde estaba su senda... muchas tribus se perdieron y, al no encontrar los depósitos de comida, murieron de hambre. En algunas solo sobrevivieron Los Avanzados y los más fuertes del grupo, que consiguieron alcanzarlos...

—(Julián) ¿A qué distancia están Los Avanzados?

—(Carlos) A unas seis jornadas por delante de Los Representantes.

—(Julián) ¿Tanto?... Habrá muy poca luz allí.

—(Carlos) Muy poca, Julián, en Los Avanzados se vive en la penumbra. La aurora es apenas una claridad en el horizonte y Ra, Selene y las estrellas son las únicas luces que te permiten ver lo que tienes a tu alrededor.

—(Rashid) Julián, dos personas se han separado del grupo principal y vuelven corriendo hacia vosotros.

Julián miró hacia el oeste y vio en la lejanía a los que se aproximaban. La mujer había terminado de dar a luz y un rojizo recién nacido berreaba a todo

pulmón. Todo el mundo se preparaba para seguir la marcha cuando el hombre al que Julián había señalado la tormenta lanzó un grito de alarma.

Rápidamente, los hombres se dispersaron buscando las dunas más altas para otear el horizonte. Uno de ellos, desde lo alto de un montículo rocoso, gritó algo incomprensible para Julián y señaló hacia el norte.

Julián acompañó al resto del grupo cuando corrieron hacia allí y esperó su turno para subir al montículo.

—(Rashid) Es el derivador. Está a un kilómetro de vuestra posición, más o menos.

Julián subió, por fin, y pudo ver en la lejanía como el derivador descendía lentamente hacia el suelo. Los globos que lo sustentaban eran perceptiblemente más pequeños.

—(Carlos) El derivador ha visto la tormenta y está descendiendo. Deshincha sus vesículas y se fija a las rocas hasta que pase, para evitar ser arrastrado.

Las dos personas que corrían hacia ellos llegaron a su altura cuando Julián descendía del montículo. Eran María y un hombre de cabellos rubios, un joven que, recordaba Julián, había sido uno de los más activos al probar la novedad de la tienda.

María le hizo un guiño y se unió a la animada conversación que se entabló a continuación. Los hombres y las mujeres gesticulaban y daban atropelladamente su opinión.

—(Carlos) Supongo que están decidiendo quién cazarán al derivador.

Julián subió de nuevo al montículo, ahora vacío y pudo ver que el derivador ya había deshinchado casi por completo sus bolsas y se hallaba muy cerca del suelo. Al este, la tormenta se volvía más amenazadora a cada minuto.

—(Julián) ¿Cuándo van a cazarlo? ¿Y la tormenta?

—(Carlos) Esperarán a que pase y luego lo cazarán. El derivador necesita más de media hora para volver a hinchar sus bolsas.

—(Julián) ¿Cómo lo matan?

—(Carlos) Con mucho cuidado. Dos de sus zarcillos tienen púas y se defienden ferozmente con ellos. Pueden alcanzar a un hombre a una distancia de veinte metros o más. Para matarlo, se le clava una azagaya en un punto sobre los ojos. Es muy arriesgado pero vale la pena, la piel de sus bolsas se utiliza para hacer las pantallas. Es muy valiosa...

*Y Susan saltó,  
esquivó el zarcillo,  
le clavó el cuchillo  
en el punto exacto  
y el monstruo murió*

*¿Quién lo hubiera dicho?  
¿Cómo se le ocurrió?  
oh, Susan, querida  
¿Quién te guió?*

—(Rashid) Suele hacer eso a menudo. Los científicos están encantados con esas canciones y le animan.

La discusión había bajado de tono. Julián se unió al grupo a tiempo de escuchar un hombre decir:

—¿Y el errante?... tendrá que venir con nosotros y colaborar.

El grupo se volvió hacia él y Julián comenzó a alarmarse.

María se acercó a Julián.

—Debes ir con los cazadores, Julián.

—(Julián) ¿Por qué?

—Porque no podrías seguirnos. Tenemos que alcanzar al grupo principal antes de que estalle la tormenta y, en vista de lo que te has retrasado caminando a paso normal, no llegarías al refugio antes de que nos alcance. El derivador se está posando en el lugar en el que deberíais refugiaros los rezagados, por eso vinimos a advertiros. Tendréis que matar al animal y después guareceros allí.

—(Carlos) Tiene razón, Julián. Tienen que correr a toda velocidad. No podrías seguirles.

El grupo se escindió; seis hombres y una mujer, la que acababa de parir, se quedaron. El resto se marchó a la carrera, llevándose al recién nacido con ellos. María, antes de partir, entregó a Julián un cuchillo confeccionado con una lámina de cristal azul.

—Cuidate de su filo —le dijo—. Si te atrapa un zarcillo, úsalo.

—(Carlos) Es un cuchillo de azulina, Julián, muy frágil y muy valioso. Suelen romperse al primer uso pero cortan cualquier cosa.

—(Julián) Gracias, María. Intentaré devolvértelo entero.

—Vuelve tú entero, supongo que aún podrás enseñarme más novedades.

Julián siguió a los cazadores. La mujer que acababa de parir caminaba tras ellos, apoyada en uno de los hombres. La tormenta crecía en el horizonte y Julián sintió en su cara las primeras ráfagas.

Las bolsas vacías del derivador cubrían casi completamente el afloramiento rocoso al que se había aferrado. Había cruzado sus largos zarcillos sobre las pieles de forma que no quedara ni un solo pliegue por el que pudiera entrar el viento. Julián se sorprendió de la perfección del trenzado.

—(Rashid) Es todo un espectáculo. Ese bicho se ha hecho un paquete y solo le falta un lacito.

El animal había colocado su cuerpo en la parte contraria al viento y los cazadores se acercaron a él con muchas precauciones. Cuando estaban a unos treinta metros, un zarcillo barrió las arenas en semicírculo, pasando muy cerca del hombre más adelantado. Por suerte para ellos, el derivador estaba utilizando todos sus zarcillos, excepto los dos dotados de espinas, para aferrarse a la roca.

—Está en una posición muy mala —dijo la mujer que había parido. Se había sentado en el suelo a una distancia prudencial.

—(Julián) ¿Por qué no utilizan las pantallas para acercarse?

—¿Nunca has visto la caza de un derivador? —preguntó la mujer.

—(Julián) No.

—Ignoras muchas cosas —dijo la mujer, mirándolo de reojo—. Me pregunto cómo has podido ganar tan fácilmente a María en el combate.

—(Carlos) Las pantallas solo engañan al derivador cuando observa el suelo desde lo alto, Julián.

Los cazadores se aproximaron por los flancos, divididos en dos grupos. El zarcillo barrió nuevamente las arenas y se enganchó en la azagaya de uno de los hombres, este la soltó y el arma saltó violentamente hacia arriba, girando en el aire.

Uno de los cazadores intentó herir al animal lanzando su arma, pero esta se hundió inofensivamente en el suelo después de rebotar en las duras placas que cubrían el cuerpo del derivador.

La tormenta se aproximaba. Las ráfagas ya eran tan fuertes que hacían tambalear a Julián. Gruesos granos de arena chocaban dolorosamente contra su cara.

—Van a utilizar un peñasco —dijo la mujer—. Ayúdales, errante.

Los cazadores estaban intentando mover una gigantesca roca. Cuando Julián llegó hasta ellos ya habían conseguido hacerla avanzar un par de metros.

Julián ayudó y, entre todos, movieron la roca hacia el derivador. Pesaba muchísimo menos de lo que había calculado Julián, y su forma, levemente esférica, facilitaba su transporte sobre el terreno, mezcla de arena y guijarros.

Poco a poco la acercaron hasta los límites de alcance del derivador. Los zarcillos la azotaron inútilmente cuando cruzaron el semicírculo, y los hombres continuaron empujándola poco a poco, retirándose precipitadamente y volviendo a su posición cuando el derivador recogía sus zarcillos para preparar un nuevo golpe.

Antes de que Carlos le explicase la estrategia, Julián ya la había comprendido. Varias púas de los zarcillos de caza del derivador saltaban a cada golpe, esparciéndose por la arena. Pronto las puntas se hicieron inofensivas y los hombres redoblaron sus esfuerzos intentando atrapar a cada acometida los zarcillos con sus propias manos, aprovechando el momento que estos, llevados por el impulso lateral de los golpes, llegaban a dar una vuelta completa alrededor de la roca que usaban como escudo.

—(Carlos) Los zarcillos ofensivos no son fuertes. Su peligrosidad estriba en las púas. Si consiguen agarrar sus puntas, el derivador estará prácticamente vencido.

Dos de los hombres, actuando al unísono, consiguieron atrapar uno de los zarcillos, pero, antes de que los demás pudieran socorrerles, el derivador golpeó con el otro a la altura de sus cabezas. Sus cráneos chocaron contra la roca con un sonido estremecedor y cayeron hacia atrás, inconscientes.

Los cuatro que restaban se lanzaron en tromba y consiguieron atrapar el zarcillo que había golpeado a sus compañeros, y, cuando el derivador golpeó con el otro, que se arrolló alrededor de la roca y de la cintura de los cazadores, también pudieron sujetarlo. Julián, un poco apartado del grupo, era entonces el único, además de la mujer, que quedaba libre para atacar al derivador.

—¡Errante! ¡Hazlo! —le gritaron los cazadores, urgiéndolo.

Julián dudó.

—(Julián) ¡Rashid!... es la primera vez que quedas callado... —a Julián no le importó que el resto del grupo lo oyera.

—(Rashid) No sé qué decirte, Julián... La tormenta está a punto de alcanzarnos, pero no me atrevo a aconsejarte que te arriesgues.

La mujer cruzó por delante de Julián y tomó una azagaya abandonada. Corrió gritando hacia el derivador, enarbolando el arma, pero unos metros antes de llegar a su objetivo, el animal agitó con fuerza los zarcillos que los cazadores mantenían atrapados y consiguió hacerlos ondear lo suficiente como para alcanzar a la mujer en el hombro derecho.

Las púas desgarraron su carne y el golpe la dejó sentada. Julián reaccionó, por fin, y se lanzó al ataque.

—(Carlos) ¡Desvíate hacia un costado para que los zarcillos no puedan golpearte como a ella! —Julián, instintivamente, ya lo estaba haciendo—. ¡Tienes que clavarle la azagaya justo encima del bulbo donde tiene los ojos, con todas tus fuerzas!

Julián, después de describir una pronunciada curva, llegó a lo que debía ser la cabeza del animal. Pero, antes de que pudiera atacar fue derribado por un golpe que el derivador le asestó con su abdomen, doblándolo casi en ángulo recto.

Julián se levantó justo a tiempo para ser derribado de nuevo por una ráfaga de viento. La tormenta había estallado y, pese a hallarse a sotavento del montículo, las rachas eran lo bastante fuertes como para impedirle permanecer de pie. Julián volvió a la carga avanzando en cuclillas, tanto para evitar el viento como el abdomen que el animal agitaba sobre su cabeza y, en su segundo intento, consiguió hundir la punta de su azagaya en el punto aconsejado por Carlos, un espacio liso sobre una masa bulbosa de círculos cristalinos: el aparato óptico del animal.

La punta de la azagaya se partió y comenzaron a suceder cosas: el animal sufrió un espasmo y sus zarcillos se agitaron con tanta violencia que consiguieron hacer rodar la roca y, con ella, a los cazadores que los sujetaban. Julián se acercó todo lo que pudo a la cabeza del animal para evitar los incontrolados golpes de los zarcillos. La mujer herida se aplastó contra el suelo y se libró de milagro de ser golpeada cuando uno de los zarcillos pasó culebreando sobre ella.

—(Carlos) ¡Está soltándose!

Julián miró hacia arriba y pudo ver como el derivador desenredaba los tentáculos que mantenían las pieles de sus bolsas fijas sobre el montículo rocoso y los lanzaba contra él. Julián saltó y atacó ferozmente el bulbo óptico con el cuchillo. Una sangre espesa de color achocolatado le salpicó. Continuó cortando hasta que el chuchillo, tras chocar con una masa ósea, se partió en varios fragmentos. Al mismo tiempo sintió que algo le aferraba por el pecho, elevándolo en el aire. Aún tuvo tiempo de ver, justo antes de perder el sentido, como las bolsas desinchadas del derivador flameaban al viento mientras la fuerza de la tormenta arrancaba de la roca los tentáculos con los que se asía, uno tras otro...

—(Rashid) ¡Julián!... ¡Julián!

Julián abrió los ojos y no vio nada. Respiraba con dificultad y se sentía embotado, incapaz de moverse.